La maestra de arena — texto 2 de 2

La María Narýshkina de veinte años procedía de un recóndito y arenoso pueblo de la gobernación de Astraján. Era una joven sana, parecida a un muchacho, con músculos fuertes y piernas firmes.

A todos estos dones María Nikíforovna no solo se los debía a sus padres, sino también a que ni la guerra ni la revolución la habían tocado casi en absoluto. Su sorda y desértica tierra natal se había mantenido al margen de las rutas de marcha de los ejércitos rojo y blanco, y su conciencia floreció en una época en la que el socialismo ya se había endurecido.

Su padre, maestro, no le explicaba a la niña los acontecimientos, apiadándose de su infancia, temiendo infligir cicatrices profundas e imborrables en su débil y creciente corazón.

María vio las estepas arenosas de la región caspia, agitadas por el más leve viento, las caravanas de camellos que se dirigían a Persia, a los mercaderes bronceados, enronquecidos por el polvo de arena, y en casa, en un éxtasis exaltado, leía los libros de geografía de su padre. El desierto era su patria, y la geografía, su poesía.

A los dieciséis años, su padre la llevó a Astraján para unos cursos pedagógicos, donde conocían y apreciaban al padre. Y María Nikíforovna se hizo cursillista.

Pasaron cuatro años, los más indescriptibles de la vida de una persona, cuando estallan los capullos en el pecho joven y se despliega la feminidad, la conciencia y nace la idea de la vida. Es extraño que nadie nunca ayude a esa edad a un joven a vencer las angustias que lo atormentan; nadie sostiene el tallo delicado que azota el viento de las dudas y sacude el terremoto del crecimiento. Algún día la juventud no será indefensa.

Hubo, por supuesto, en María también amor y sed de suicidio, esa amarga humedad que riega toda vida en crecimiento.

Pero todo pasó. Llegó el fin de los estudios. Reunieron a las muchachas en un salón, salió el jefe de la sección provincial de educación popular y les explicó a aquellos seres impacientes la gran importancia de su futura y paciente labor. Las muchachas escuchaban y sonreían, comprendiendo vagamente el discurso. A su edad, la persona bulle por dentro y el mundo exterior se distorsiona mucho, porque se lo mira con ojos brillantes.

A María Nikíforovna la nombraron maestra en un distrito remoto, el pueblo de Jóshutovo, en la frontera con el muerto desierto de Asia Central.